

ADELA CELORIO

► **Analizando la Historia**

Independencia o monarquía

Pocos estamos interesados en escuchar que el grito sólo fue la chispa que encendió una cruenta lucha que desoló al país, fracturó a la sociedad y radicalizó el odio

Para ti las guirnaldas de oliva, un recuerdo para ellos de gloria...

Ahora que con motivo del bicentenario he comenzado, me sonroja decirlo, a interesarme en la historia humana y tantas veces desdichada de nuestro México, se ha empezado también a iluminar mi concepto tan amplio como vago de lo que es nuestra identidad.

A la distancia de dos siglos y para la velocidad con que se vive hoy en día, queda poco tiempo para los detalles. Y sin embargo Dios está en los detalles. Sin ellos todo se reduce a que en la madrugada del 15 de septiembre nos declaramos independientes del trono de España. Pocos estamos interesados en escuchar que el grito sólo fue la chispa que encendió una cruenta lucha que desoló al país, fracturó a la sociedad y radicalizó el odio.

Hermanos enfrentados, delaciones, traiciones, y lo más doloroso de aceptar: las capitulaciones de quienes con el tiempo serían nuestros héroes, que tan humanos como cualquiera, a la hora de salvar la vida no dudaron en retractarse de haber acaudillado al pueblo, con facultades que fueron “peste de mi seducción, haber profesado ideas de las que abjuro, detesto y retracto...”, reconoció

humildemente nuestro venerado cura Hidalgo. Reconoció también que la imagen de la Virgen de Guadalupe la tomó en Atotonilco “por parecerme a propósito para atraer a la gente”. El 30 de julio de 1811, apenas unos meses después del memorable grito, después de pedir perdón a Dios y a los hombres por todos los males de que fue causante, don Miguel Hidalgo se dirigió serenamente al cadalso. La lucha apenas había comenzado.

Ante la noticia del fusilamiento de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez, y de sus cabezas expuestas en jaulas donde permanecerían hasta la consumación de la Independencia, criollos y peninsulares recobraron la paz y festejaron con misas, tedeums y verbenas populares. Desalentados por la muerte de sus líderes, muchos independentistas tuvieron que acogerse al indulto para salvar la vida, y hasta el fervor del pueblo por la Guadalupeana decayó. La plebe comenzó a llamarla la Insurgenta.

Felizmente la lucha no había terminado, grupos aquí y allá la mantuvieron viva hasta que con el paso del tiempo y con una idea mejor estructurada de la independencia, los ejércitos lograron unificarse con éxito; y sin pretender restarles mérito, hay que reconocer que también, al menos en esa ocasión, las circunstancias nos favorecieron. Enviado

por Fernando VII -cuyo reinado estaba en condiciones bastante caóticas- llegó a México el que sería el brevísimo y último virrey, don Juan O’Donojú, hombre cansado y enfermo, quien había sufrido prisión y tortura en la que le habían arrancado las uñas de manos y pies.

Si bien es cierto que ya nuestro ejército no le dejaba muchas posibilidades de acción, también lo es que ni su salud ni su fidelidad a Fernando VII eran muy sólidas como lo demuestra la premura con que O’Donojú prestó juramento como virrey el 3 de agosto de 1821, el 24 firmó los Tratados de Córdoba, el 27 de septiembre entregó el mando de la ciudad a Iturbide, y el 28 de septiembre se firmó el Acta de Independencia en la que la nueva nación adoptaba una monarquía institucional y abría los brazos al rey de España o a cualquiera de sus sucesores. ¿11 años de lucha para eso? Otra cláusula establecía que la religión católica sería la única, sin tolerancia de ninguna otra.

Dirán que soy irreverente, pero ante tanta contradicción me permito agregar una más: ¿qué hubiera pasado si en lugar del grito de Independencia, don Miguel Hidalgo hubiera aprovechado su influencia para convocar a la conciliación y a la concordia? \$

Correo-e: adelace2@preodigy.net.mx